



La muerte de Alfonso Alcalde

"Voy en lo que va volando"

El martes 5 de mayo, Alfonso Alcalde no evidenció en absoluto lo que iba a realizar en el transcurso del mismo día. Almorzó, como era su costumbre, en una peca familiar de Tomé, charcó con el dueño del local que era también su amigo, pero rechazó los porros: "con rindas que era el plato del menú fijo. 'Hoy día necesito comer algo más especial', dijo enigmático. Bebó, como siempre, uno o dos vasos de vino pipeto y abundó el bolichio a eso de las dos de la tarde.

Se encaminó a su pequeña oficina, en realidad un cuartucho desprolijo que se fluía cada dos por tres, cuyos pendedos chorreaban humedad y frío. Fue en ese sitio donde lo encontraron poco tiempo después colgado de una viga. Había utilizado su propio cinturón para ahorcarse ese acto trascendental. Entre sus escasas pertenencias se encontraron 11 mil pesos, su único pasaporte para vivir el resto de su existencia. Alfonso, sin embargo, no había en ese momento que había obtenido una pensión de gracia. Quizá -y esto es pura suposición- no se habría modificado su determinación. En una pequeña autobiografía editada a fines del año pasado como prólogo a la reedición de su libro *Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte*, había afirmado: "Casi ciego, y en la más íntima de las soledades, seguí escribiendo como prometí, aunque me costara las manos".

Han pasado casi 40 años desde que conocí a Alfonso Alcalde: fue en la redacción de la revista *Virus*, que dirigía Luis Enrique Delano, y donde hacía sus primeros pasos periodísticos Augusto Olivares. Tengo entendido que Alfonso venía llegando desde Bolivia, donde había trabajado como cuidador de animales de un circo y donde también había oficiado de ayudante de la mujer de goma. Todas esas historias circulan de alguna manera llegaron a sus cuernos, narraciones generalmente desopilantes, en las que fábulas y reacciones se mezclaban con una realidad más trágica y denotaba que jocosa y ensimada.

FOGATA AUTOCRÍTICA

Pero ya antes de esa época, Alcalde había sido librerista de un programa radial que llegó una alta sintonía. *Nosotros, el pueblo* que -si la memoria me es fiel- conducía Raúl Zenteno, uno de los más importantes animadores de la radiofonía chilena en la década del 40. Y minutos Alfonso realizaba los más distintos oficios, hasta estableciéndose como periodista, dada como también a su indomable trabajo literario y en 1946 comenzó su esfuerzo con la publicación de *Bohío* para la ciudad oscura, un poemario que tenía prólogo de Neruda e ilustraciones de Julio Escobar: de ese libro sólo quedó el acuerdo. La tirada completa fue incinerada, en un acto ritual y de

quemarse autocrítica.

Sin embargo, por encima de sus ansias literarias, debía sector (aportar la máquina de escribir, mejor dicho) para subsistir, debiendo escribir toda suerte de asuntos que exhalaba demasiado lejos de sus intereses literarios, lo que debió seguir haciendo durante casi toda su vida. No por eso, Alfonso Alcalde perdía su inusual sentido del humor, su divertida forma de narrar crónicas anecdóticas y chascos que había recogido en sus andanzas por el norte argentino o en los más distantes puntos del territorio nacional.



procedió va por dentro.

LA POESÍA

Fue en 1960 cuando, creo, vio más satisficidas sus aspiraciones poéticas: ese año la editorial Nascimento publicó buena parte de su obra lírica: *El pasaporte ante nosotros*, un volumen de gran formato, 350 páginas y dividido en 17 caños. Se trata de uno de los más extensos poemarios dados a conocer en Chile, a pesar de que no comprenda todo lo que había concentrado -hasta ese momento- en su labor poética.

También en *El pasaporte*... estaba presente gran parte de su vida crítica y muchas veces hídrica. Porque para sus amigos lo que más causaba estupor eran sus apatías y desapariciones. Sus refugios, cuando se iba de Santiago -a veces escapando de algún amor contrariado- eran Tomé, Columo -un pueblito de pescadores junto a Tomé- o Concepción. Era la zona que más quería, pero donde siempre le costaba una enormidad ganarse la vida. Tal vez por eso el diario *El Sur*, de la capital poquísima, en esas diversas épocas, está lleno de colaboraciones periodísticas y literarias de Alfonso. Era una especie de automejoración. Y no se extraña en él. Cuando vivió con su familia en Buenos Aires no se quedó en lo que se llama la Capital Federal, sino que alquiló una casa en San Miguel, a dos horas de tren de la función Constituyente. No se sentía bien en medio del asfalto, de los grandes edificios, del gentío que se aglutina en las calles. Era un hombre de enormes espacios, de un amplio sentido libertario. Y en su poema "Autoretrato N°1" lo dice con toda precisión: "Hoy no estoy / escapé de la hora mundial / y no tengo piel / me desalojé / y voy lo que voy nombrando / y voy en lo que va volando / y creo en lo que algo mintiendo".

VIDA NOVELESCA

Las insancias que le tocó vivir a Alfonso Alcalde fueron tan variadas y castrólicas que su vida era de alguna forma una auténtica novela de Henry Pickling, un simul de Tom Jones y él no ocultaba sus triunfos y derrotas, sus logros y sus amores. Difa que tuvo mucho más éxito como escritor y poeta que sistemaba en historias vividas, que como periodista, oficio que tal vez practicaba con cierta lejanía, a sabidas que lo conataba, que lo movía. No sin razón, Manuel Rojas había dicho que el periodismo para el escritor era "un buen baño, pero una muy mala noche". Y ese apogeo en el caso de Alfonso adquiría plena vigencia.

Tuvo siempre conciencia que para alguien que escribe, que se dedica a la literatura, oficio a contramano del marketing, ganarse la vida es casi una proeza, sobre todo en estas tierras, donde un escritor es un adorno portátil, prescindible. No obstante, la existencia de Alfonso fue lo suficientemente plena y realzada, a pesar de que solía quejarse de la falta de incentivo que rodea a los poetas.

Ahora los ritos de Alfonso reposan en ese Tomé que tanto amó, donde se refugiaba de las tormentas rivales. Fue encontrado, según me han dicho, en un cementerio frente al mar, casi al borde de un fide que muchas veces es enterrado por las furias de las mareas, comiendo el terreno, lo que hace que en algunas ocasiones las olas caigan al mar y comiencen una navegación fantasmal e infinita. Algo que Alfonso había soñado muchas veces, inmediatamente.

CARLOS OSSA

HISTORIAS MINIMAS

En el número 7 de la revista argentina "Crona", que dirige Eduardo Delano, en la edición de octubre de 1973, se publicaron varios relatos breves de Alfonso Alcalde. De ahí tomamos dos de esas narraciones que son una especie de humor e imaginación.

EFEMERIDES PELIGROSA

A la hora de la noche una boquilla de vino tinto aspecha que le ha llegado la hora y tembalea no quiere morir. El hombre parte de su casa y en el camino se encuentra con su mejor amigo que lo invita a celebrar el acontecimiento. Los dos comprenden la situación y deciden no demorar la fiesta, porque son hombres por sobre todas las cosas.

NO HAY QUE CAMBIAR
MUY SEGURO DE OFICIO

Un especialista con la fórmula secreta para hacer el pastel de millojas más delicioso de la tierra. Después cambia de rubro y se pone a fabricar audífonos. Son pocas las personas que comparten su aburrimiento mismo lo mismo trabajo.

"Voy en lo que va volando" [artículo] Carlos Ossa.

AUTORÍA

Ossa, Carlos, 1934-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Voy en lo que va volando" [artículo] Carlos Ossa. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile